

Gabriel Benítez

Guerreros del aire



Una misión
para salvar
la Tierra

blok
B DE BLOK

Gabriel Benítez

Guerreros del Aire

Primer capítulo de muestra

Ediciones B © Todos los derechos reservados





LIBRO UNO

LOS PUEBLOS DEL AIRE

Capítulo 1

LA CACERIA DE LA MANTA

El cielo era un océano azul que se extendía hacia todas direcciones, y las nubes, islas blancas flotando en su inmensidad.

El pueblo de Morock se desplazaba sobre los nimbos con lentitud. Su forma era la de un descomunal elipsoide de metal oxidado de donde colgaban, enganchadas unas con otras por una extensa red de puentes y cuerdas, construcciones y habitaciones hechas de hueso, metal derruido y cuero de manta. Mientras flotaba, debajo del dirigible se extendía un inabarcable mar de nubes que ocultaba a la vista todo aquello que pudiera existir bajo su superficie.

Todo aquello, hasta donde alcanzaba la vista, era escrutado desde diferentes puntos del pueblo por varios hombres que observaban, buscaban...

Morock era una villa de cazadores y arponeros de mantas, animales voladores –o mejor dicho, flotantes– de enorme tamaño. Había algunas tres veces más grandes que el pueblo entero. Durante generaciones habían trabajado en ello y su gran habilidad

en el oficio era muy respetada por otros pueblos. Su habilidad era también la misma para procesar todos los bienes obtenidos de la cacería. Después de matar a sus presas, las bajaban a la nave para desprender el cuero de sus cuerpos y cortar la carne. De lo primero obtenían material para hacer sus velas, frisas, ropa y cuerdas. Los huesos de los animales también eran aprovechados como elementos de construcción para la villa, como ornamentos de lujo y muchas cosas más. A excepción de las entrañas, nada era desperdiciado.

Las mantas volaban en grupos. Migraban de un lado al otro por las corrientes de aire que como ríos invisibles atravesaban el cielo del mundo. Pero aunque estas corrientes eran invisibles, no eran desconocidas y los navegantes de todos los pueblos flotantes tenían su buena dotación de mapas y sus almanaques de cacería donde aparecían descritas las rutas de estos afluentes y de las bestias que los seguían. Sin embargo de unos años a la fecha los almanaques ya no servían de mucho. Las migraciones habían menguado y algo había ocurrido en el ambiente que había roto los traslados de los animales, tan bien cronometrados en el pasado.

Es por eso que ahora que los hombres de Morock observaban con detenimiento los ríos del cielo, lo hacían con preocupación. Durante días no habían visto a ninguna de las mantas y eso no presagiaba nada bueno. ¿Habrían encontrado una nueva ruta como pensaban algunos?

Mikiel pensaba en esto mientras miraba hacia lo lejos, arriba en el techo de su poblado, sobre el dirigible de metal.

A sus veintitrés años, Mikiel ya era un veterano en la cacería. Había manejado una de las pequeñas avionetas de arrastre desde los doce y a los dieciséis ya era arponero como lo había sido su padre. De su habilidad para la caza nadie tenía reparos y nadie dudaba tampoco de su capacidad como remolcador de mantas. Pero eso no servía de nada si no había que cazar. Y si no había nada que cazar no habría nada que comer ni que vender.

Y sin dinero tampoco habría piedras.

Las piedras: ellas eran las que mantenían en el aire a las miles de pequeñas ciudades y poblados flotantes. La energía Vril de las piedras ponía en funcionamiento el mecanismo que lograba que el gran pedazo de metal que era la villa no se desplomara como una manta muerta hasta la superficie del planeta, que siempre permanecía oculta por la gruesa capa de nubes. Porque quienes llegaban hasta allá, jamás volvían. Excepto –claro está– los exploradores del Gremio. Había sido así por cientos de años.

Entonces, un grito de alerta.

– ¡A babor! ¡A las siete!

Mikiel miró hacia donde el grito había indicado y pudo verla: era una manta de mediana calada pero aun así, enorme. Casi la mitad de la villa. Aparecía y desaparecía entre los bancos de nubes, en saltos lentos y arqueados mientras agitaba los músculos de sus aletas hacia arriba y hacia abajo con una serie de tenues ondulaciones. Sus dos colas, largas y nudosas acababan en dos sendos aguijones de ataque que se podían notar ya podridos y gastados por la edad.

- Está vieja y enferma – señaló Thorvald a las espaldas de Mikiel. El hombre, de constitución recia y barba hirsuta había sido el mejor amigo de su padre y también el mejor consejero que un jefe de villa pudiera tener. Thorvald sacudió la cabeza con pesimismo.
- Bueno – aceptó Mikiel también con pesar – al menos nos dará batalla. Algo podremos utilizar y ella tendrá una muerte digna.

Mikiel hizo una señal levantando el brazo y todos los hombres sobre el techo del dirigible corrieron a colocarse en sus puestos. Ahí, en esa extensión plana de la parte superior de la nave es donde arrastrarían a la bestia para destriparla y destazarla. Otros más corrieron a la popa de la nave, de donde saldrían las avionetas de remolque.

Thorvald supervisó que todo estuviera en orden y al confirmarlo hizo otra señal. Por un momento toda la tripulación quedó en silencio. Thorvald con su voz gruesa y profunda, exclamó

- ¿Preparados todos?... ¡Ahora! - Como respuesta a la orden, tres aparatos alados salieron a reacción por una exclusiva detrás de la embarcación y con un zumbido eléctrico comenzaron a dar vueltas alrededor de la villa.

Por su lado, Mikiel y otros hombres se prepararon tomando del suelo una serie de herramientas para cumplir su trabajo: Un arpón de largo alcance atadas a unas cuerdas hechas de resistente piel de manta y unos ganchos de arrastre, que atados a otras cuerdas, servirían para remolcar a la bestia hasta la nave. Todos se ajustaron también sus lentes, hechos de membrana de araña, para que el aire no dañara sus ojos. La cacería no era una tarea fácil. Requería por lo menos y la mayoría de las veces, más de una hora de lucha, de estira y afloja con una criatura que iba poco a poco perdiendo sus fuerzas mientras se desangraba por las heridas. En el transcurso de su lenta muerte, muchas peleaban con ímpetu para liberarse de los pequeños enanos que caminaban como molestas pulgas por su lomo. Lo hacía dando giros bruscos en el aire o acrobáticos saltos en arco para arrojarlos a todos hacia el abismo. Mientras eso pasaba, los remolques –pequeñas avionetas descubiertas de casi cinco metros de largo por una envergadura de ocho, cuatro por cada ala– iban tras la presa cuidando que los hombres que habían descendido hasta el lomo del animal no cayeran. Cuando por desgracia esto ocurría, las avionetas se arrojaban a gran velocidad para atajarlo en su caída.

Por supuesto, ninguno de los arponeros usaba paracaídas. Sus trajes contaban con unas delgadas membranas entre sus mangas y el torso que se expandían como unas rudimentarias alas que les permitían frenar un poco en el aire y dirigir sus caídas dándole tiempo al aparato para alcanzarlos. Pero si la avioneta no lograba atajarlos simplemente se perdían en la profunda fosa de la nada, hasta perderse entre las nubes. Con o sin paracaídas su suerte

estaba echada, porque de llegar sanos y salvos hasta abajo, a la superficie pues... de todas formas no regresarían.

Esta vez solo había tres avionetas: dos para remolcar y una para cuidar a los arponeros. No se necesitaba más y por cómo se veía la cosa, tal vez hasta menos.

Mikiel y los otros arponeros ya estaban preparados. Colocaron las cuerdas en sus hombros, tomaron sus arpones y se arrojaron al vacío para que las avionetas los recogieran en su caída. Mikiel y otro más fueron atrapados por el remolcador *número dos* y ya colocados cada uno al lado de la avioneta se dirigieron con velocidad hacia la manta que seguía su cansado camino de muerte sobre el vaporoso blanco de las nubes.

Los arponeros esperaron al otro aparato y por medio de señales se comunicaron el plan: cuatro arponazos y uno de ellos debía intentar dar cerca del cerebelo de la bestia, para matar pronto al pobre animal. De todas formas eso no garantizaba ninguna seguridad. No era la primera vez que mantas ya muertas respondían a los arponeros con bruscos actos reflejos que podían ser mortales.

A las mantas siempre se les arponeaba por arriba, pues abajo del cuerpo de los animales se extendían los sacos de gas que le permitían a la bestia seguir flotando. Si estos sacos eran rotos o dañados, el gas se escapaba y el titán se desplomaba a las profundidades como una villa sin piedras Vril. Esos mismos sacos le permitirían a la criatura muerta permanecer sobre la cubierta de la villa para destazarla sin peligro de que su peso aplastara a la estructura.

Las avionetas pasaron rozando por arriba el cuerpo de la manta.

“Estúpidamente arriesgado” pensó Mikiel. Los chicos de los remolques –dos muchachos nuevos– habían visto que la manta no estaba en su mejor forma y se confiaban demasiado. Si la manta hubiera estado sana, jamás le hubieran pasado por arriba, arriesgándose a un sorpresivo golpe de joroba o un inesperado ascenso del animal. Los reprendería llegando a la villa, pero

mientras tanto, con un movimiento de manos dio a entender que no quería que volviera a pasar aquello.

Las avionetas dejaron atrás al animal y se dieron vuelta para realizar el arponeo. Cuando volvieron a quedar a la cola de la manta, los cuatro arponeros, dos en cada remolcador, prepararon sus arpones y los arrojaron con fuerza hacia la bestia. Los cuatro dieron de lleno en su espalda y un eco lastimero se dejó escuchar desde el interior del animal. Las avionetas se aproximaron de nuevo al lomo, redujeron la velocidad y los cuatro arponeros se arrojaron de los aparatos para caer sobre la manta. Corrieron sobre la espalda del animal como pulgas sobre un perro y llegaron con rapidez hasta sus arpones. Mikiel vio con satisfacción que su gancho había dado en la posición del cerebelo y con seguridad la gigantesca criatura no tardaría en morir.

“Ya no sufrirá más”, pensó.

Y entonces. ¡Tres lanzamientos de arpones más! Uno de ellos casi rozó a Mikiel que reaccionó moviéndose con rapidez. *¿Qué demonios estaba pasando?*

Una avioneta de remolque pasó zumbando sobre él, pero aquel aparato no pertenecía a su villa.

– ¡Piratas! – exclamó.

Del cielo cayeron cuatro hombres más de forma calculada para sorprender a los arponeros, pero estos resultaron tener más pericia. Todos, incluido Mikiel, tuvieron suerte de sacar a tiempo sus armas de combate. Los cuchillos de hueso de manta brillaron blancos a la luz del sol de la tarde. Los piratas también lo hicieron pero parecieron titubear.

“Esto no es normal”, pensó Mikiel. “¿Por qué no atacan?”

Como si hubiera sido una señal, uno de los hombres, de corta altura, con su rostro cubierto con una bufanda y sus ojos con los lentes ajustados, se abalanzó sobre Mikiel sosteniendo una larga vara con un gancho arriba. ¡Aquello no era un arma de piratas! El

pirata la blandió con rapidez pero no con maestría, mientras los otros hombres atacaban a los arponeros emitiendo gritos de batalla.

Para Mikiel no fue un gran problema atajar la vara con una de sus manos y jalando de ella hizo que el cuerpo del hombre se acercara a él. Con una rapidez inaudita le lanzó una patada que el otro logro apenas esquivar. De cualquier forma, el talón de Mikiel hizo impacto en uno de los muslos del atacante. Este sacó de entre sus ropas un cuchillo de hueso de manta y segó el aire para intentar cortar a Mikiel. Este lo evitó moviéndose hacia atrás. Debía tener cuidado. La espalda de las mantas era rugosa pero en todas ellas habías zonas donde, como lunares, se extendía una firme, brillante y resbalosa piel.

Mikiel atacó con sus dos cuchillos.

Y entonces, lo inesperado: La manta dio un poderoso brinco arqueado, un estertor que marcaría de forma gloriosa el final de su vida haciendo que todos los cuerpos fueran arrojados de forma sorpresiva de la espalda de la bestia hacia el cielo. Mikiel se encontró flotando en la nada a varios metros sobre el cuerpo del animal y su atacante, también tomado por sorpresa, se iba de espaldas en el aire sin control alguno. Mikiel volvió a caer de pie sobre el lomo de la manta, pero su contrincante se estrelló contra el animal y perdió el conocimiento. El golpe había hecho que sus lentes ajustados y su bufanda se retiraran y dejaran al descubierto el rostro. Eso no era un pirata. ¡Era un muchacho de no más de quince años! El cuerpo comenzó a rodar entonces por la espalda de la manta con dirección al abismo.

Casi sin pensar, Mikiel corrió detrás del chico para atajar su caída, pero el cuerpo pasó el límite de la carne y se sumergió como una piedra en el pozo de gravedad del planeta. Mikiel vio pasar a una de las avionetas de su villa y le avisó con una señal desesperada que debían atajar a aquel hombre.

- ¿Qué? ¿Rescatar a uno de nuestros atacantes? – pensó en voz alta el piloto, pero igual respondió a la orden de inmediato. Y la gran sorpresa. Vio con horror como el mismo Mikiel se arrojaba al abismo tras el tipo.

– ¿Qué demon...? – exclamó el piloto y aceleró el motor.

Debajo de Mikiel el cuerpo del muchacho daba en el aire bandadas sin control. Si estaba inconsciente la avioneta no podría rescatarlo. Primero tendría que atajarlo Mikiel y a ellos dos la avioneta. Mikiel cerró piernas y brazos para aumentar la velocidad de descenso. Debajo de él, se extendía una aborregada y gris nube. Si el chico entraba ahí, ya no habría nada que hacer, y si Mikiel era golpeado por alguna parte del cuerpo del chico, a esa velocidad... en fin. Había que enfocarse, calcular el ángulo de rescate.

El cuerpo del chico estaba más cerca. Un poco más y Mikiel podría hacerlo. Extendió sus manos y con la velocidad de un bólido estas se cerraron sobre el cuerpo del muchacho. Por un momento los dos dieron alocados giros en la nada pero Mikiel pudo ver el resplandor de la avioneta de remolque acercándose a ellos con rapidez. Logró controlar la caída. El aparato se colocó a su lado y se acomodó de tal forma que el piloto pudiera extender su brazo y tomar la muñeca de Mikiel.

Mikiel extendió su brazo.

Una niebla gris y opaca los cubrió de improviso. Habían entrado en la nube. La mano del piloto se cerró entonces sobre la muñeca de Mikiel y lo arrastro hacia al aparato, casi como si este estuviera flotando. Mikiel se aferró a la parte de atrás y extendió el cuerpo del chico a lo largo del fuselaje, mientras la avioneta daba una prolongada curva para salir de nuevo hacia la luz del sol.

La avioneta surgió de la nube y el azul del cielo volvió a iluminar el cuerpo de los tres. El piloto, un chico un poco más grande que Mikiel se volvió hacia este mientras exclamaba con enojo:

– ¡Qué demonios te pasa! ¡Acaso te volviste loco!

FIN DEL PRIMER CAPÍTULO